

JUAN CANTABRANA para CARLOS CLEMENTSON

JUAN CANTABRANA O LA CONSAGRACIÓN DE LA LUZ

Hace ya algunos años, cuando algunos amantes del arte y la literatura solíamos reunirnos en el bar “Gris”, de la Plaza de la Trinidad, a la sombra tutelar de la estatua de Góngora y la fértil vecindad de la Escuela de Artes y Oficios Mateo Inurria, una tarde se llegó con algunos de sus apuntes Juan Cantabrana a la mesa que, entre otros amigos, solía yo ocupar con nuestro inolvidable Francisco Benítez, uno de los más significativos autores dramáticos andaluces de la segunda mitad del XX, además de fino prosista y apasionado poeta lírico. Paco Benítez, espíritu de vibrátil sensibilidad estética, al momento supo apreciar los incontestables valores del pincel de Juan Cantabrana, y en uno de esos espontáneos *impromptus* creativos, que tanto le caracterizaban, pergeñó una cromática síntesis del luminoso estilo que tanto individualiza la obra plástica de Juan. Como tengo copia del poema, me permito trasladarlo en estas notas:

Se derrama el azul como la lluvia
en el llanto musical de la palmeras
y quiebra el gesto de una mano
triste sospecha del corazón tan roto
Eres la figura que diluye
en aire corazón. Eres el aire
que inunda un brazo desmayado
Cantabrana
aire azul
que esconde tanta llama.

En la pintura de Juan Cantabrana, en donde la hermosura de la Naturaleza canta con sus más vivos colores y en ella la figura humana, casi siempre femenina, encarna sutiles y casi musicales contornos, se respira la luz y la vida, el amor a las criaturas y a las cosas bellas del mundo; se trata de una pintura oxigenante y respirable, saludable, que nos tonifica gloriosamente las fibras del alma, que no ilumina y purifica la mirada y que casi nos hace mejores personas; porque la belleza nos mejora.

Estamos ante una pintura tonificante y benéfica, con esos colores frescos y matinales, casi con la fresca humedad del rocío; una pintura alada, musical y diurna, que nos trae una cierta felicidad y nos hace más gratificante el mundo, o nos lo pone ante nuestros ojos encantados en toda su belleza. Una pintura *à plein air*, respirable y tónica, como un paseo solitario y embriagado por un horizonte de parques y jardines, de radiantes paraísos casi edénicos, pero reales. Junto a ellos, la belleza de la esbelta figura de la mujer, resumen de ese universo de belleza, adquiere una delicada emoción contemplativa en diálogo fraternal con las flores y los árboles, criaturas predilectas de la paleta de nuestro artista. Naturaleza pura.

Situado ante los cuadros de nuestro pintor y amigo —ese es uno de los grandes lujos de mi existencia, la amistad con tantos artistas plásticos que siempre me han distinguido con su afecto— uno experimenta un deber de gratitud, gratitud por hacernos la vida, con su pintura más bella y luminosa, más radiante y habitable, como si nos encontráramos en un bello jardín, con el fresco rumor del agua acariciando nuestra piel y nuestros oídos, con toda la vida, vegetal y humana ante los ojos, como ocurrió esta primavera en su inolvidable y magna exposición en ese templo de la Naturaleza que es el Jardín Botánico de Córdoba.